



AÑO II

← BARCELONA 4 DE JUNIO DE 1888 →

NÚM 75



FLORES PRIMAVERALES

ADVERTENCIA

Nuestros lectores habrán observado que en el número anterior de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dejamos de publicar la *Revista de Madrid*. Igual omisión notarán en el presente número. No sabemos á qué atribuir esta falta: nuestro colaborador en la corte nos ha asegurado por telégramas que no ha dejado de enviarnos con regularidad sus revistas; pero á nuestras manos no han llegado. De todos modos procuraremos evitar en lo sucesivo la repetición de semejantes omisiones.

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—ABNEGACION, por D. Peregrin García Cadena.—LOS INVENTORES, por D. J. Valero de Tornos.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—FLORES PRIMAVERALES.—LA TUMBA DE ISAAC BAR SCHICHAT, cuadro por W. Gentz.—LA VIUDA DEL CONDE DE EGMONT PIDIENDO HOSPITALIDAD Á LOS MAGISTRADOS DE AMBERES, cuadro por P. J. Ouderaa.—UN VALENTON, dibujo por A. Fabrés.—Lámina suelta: LA INMACULADA CONCEPCION, por Murillo.

NUESTROS GRABADOS

FLORES PRIMAVERALES

Más bien que un cuadro, puede decirse que esta composición es un idilio, sencillo como debe ser todo idilio, inspirado y poético como la misma primavera. La linda jóven que, cobijada por la olorosa enramada cuya protectora sombra la permite solazarse, libre de miradas indiscretas, á orillas del arroyo de cuyas puras linfas parece haber surgido cual fantástica náyade, si no es tan bella como la linda Dorotea tan admirablemente descrita por nuestro inmortal Cervantes, es simpática personificación de dicha época del año, en que la naturaleza cobra nueva vida, ostentando todas las juveniles galas que, como á la doncella de nuestro dibujo, tanta lozanía, donaire y frescura la comunican. Cuadros como este reconcilian con la vida al sér de carácter más hipocondríaco.

LA TUMBA DE ISAAC BAR SCHICHAT, cuadro por W. Gentz

Pintar paisajes y costumbres orientales es flaco de nuestros artistas contemporáneos. Esta predilección se explica fácilmente, por cuanto espaciándose la imaginación del pintor por los ilimitados espacios del genio, cuanto tiende al realismo que le rodea, pesa sobre él de una manera que pudiéramos llamar contraproducente. Sucédele lo que al poeta trágico de alto vuelo, á quien, por más que la sociedad moderna esté llena de asuntos para una tragedia, ni más ni menos que lo estaba la sociedad de Edipo ó de Atalía, jamás se le ocurrirá hacer declamar sus heroicos endecasílabos ó alexandrinos á un actor vestido de frac y guante blanco.

Pero, así en bellas artes como en bellas letras, no basta encontrar un asunto; es necesario saber tratarlo, es indispensable que el orientalismo, por ejemplo, no sea un disfraz de máscara, sino que constituya la esencia, forma y color de la obra; de suerte que por ninguna de sus condiciones revele su hilaza anti-oriental ú oriental de carnestolendas.

Este es el mérito de Gentz, el autor del cuadro que reproducimos y á cuya simple impresión primera se comprende que ese artista se halla empapado, inspirado, saturado de orientalismo de verdad.

Representa el lienzo una piadosa peregrinación á la tumba del rabino Isaac Bar Schichat, español por cierto, fallecido y enterrado en Argel en 1408, á los 82 años de edad. Este rabino murió en opinión de santo y de aquí que se visite periódicamente su tumba, en la cual se depositan limosnas, cirios, ofrendas varias y hasta diversos manjares, á usanza mahometana.

En este cuadro todo entona de una manera admirable; desde los personajes hasta los árboles, y el todo se halla bañado por esa luz peculiar del sol africano, sol implacable pudiéramos llamarle, que únicamente brilla con igual limpidez sobre el palacio encantado de la oriental Granada.

LA VIUDA DEL CONDE DE EGMONT

pide hospitalidad á los magistrados de Amberes, cuadro por P. J. Ouderaa

En uno de nuestros anteriores números reproducíamos otra faz de la triste historia de esa pobre viuda del conde mártir. Pocos ignoran la trágica muerte del triste Egmont, á quien la dura opresión de los españoles en los Países Bajos costó la pérdida de la cabeza en un patíbulo.

Era en esa época, no tan alejada de nosotros que nuestra execración no pueda, como quien dice, remover las cenizas de aquellos tiranos, en que los españoles creyeron equivocadamente que aterrar un pueblo era un gran medio para retenerle unido al carro de la victoria extranjera. España, la nación que había enseñado al mundo que no hay hierros suficientes para sojuzgar á un pueblo libre; España, que acababa de poner término á una lucha de siete siglos, en que ni un solo día dejó de pelear contra el extranjero que desde la rota de Guadalete se había señoreado de su tierra; España quería imponer á un país extraño el yugo que tan valientemente había sacudido en igualdad de casos.

Y llevando la injustificada persecución no tan sólo á los mal llamados culpables, la extendía á los individuos de su familia. Felipe II, que tan despiadadamente trataba á los parientes de Antonio Perez, no había de retornar á la esposa del conde de Egmont el no haber ahogado los impulsos patrióticos de su marido. Felipe fué ménos grande que su padre; Carlos V no se cebó en la viuda de don Juan de Padilla. Verdad es que entre el padre y el hijo, con ser tan una la sangre, existe un abismo que todos los apologistas del *prudente* no han podido colmar.

La viuda del conde de Egmont hubo de abandonar la tierra que guardaba el mutilado cadáver de su esposo y buscar seguro entre los magistrados de Amberes, que se hicieron un deber de dárselo á la ilustre compañera del decapitado. El cuadro que reproducimos da una perfecta idea de la bondad y consideración con que fué recibida la apesadumbrada matrona, cuyo luto era el luto de todo un pueblo.

Los tiempos han cambiado. Si Felipe II pudiera levantarse de su tumba y visitar aquellos países sobre los cuales hizo pesar su omnipotente diplomacia; él, el fastuoso constructor del Escorial, el pretendiente á la soberanía europea, se había de encontrar muy pequeño ante los monumentos erigidos á sus víctimas.

UN VALENTON, dibujo por A. Fabrés

¡Buen tipo, y buen dibujo además!

Es un hombre de armas tomar; un bravo cuyo espadón encuentra á menudo el pecho de su adversario.

Un lance de honor con ese hombre ha de ser terrible para el infeliz que no tenga, como él, cabeza serena, mirada certera y brazo de hierro.

En su fisonomía, en su porte todo, se revela el galán que ataja el paso á sus rivales ó deshace á estocadas las nubes de corchetes que con afán le buscan para vengar antiguos agravios.

Es un tipo bien concebido y ejecutado con la difícil facilidad que caracteriza á su distinguido autor.

LA INMACULADA CONCEPCION, por Murillo

Llámase la Perla de Rafael á una de tantas *Sacras Familias* debidas al inmortal pintor de Urbino.

Lo que las *Sacras Familias* son á Rafael, son á Murillo las *Concepciones*.

Con ser tantas las famosas, cabe una *Perla*.

La perla de Murillo la posee el museo del Louvre. No es lo malo que la posea Francia: al fin y al cabo, en aquel templo del arte la gloria del pintor español irradia ni más ni ménos que la del pintor italiano en España.

Lo malo es el cómo fué á parar la obra maestra de Murillo al Museo del Louvre.

El gran Bartolomé Esteban había pintado ese lienzo para uno de los conventos de Sevilla. Expuesto allí á la veneración de los fieles y á la profana admiración de los inteligentes, había de llamar poderosamente la atención de un hombre tan conocedor y comerciante como el mariscal Soult.

Vino á ser éste como el pretor de Andalucía en tiempo de Napoleón I, y como los franceses del año 8 no podían permanecer en nuestro suelo el tiempo que estuvieron los romanos de la república y del imperio, en lugar de llevársenos metales de nuestras minas y bailarinas de nuestras provincias; se nos llevaron objetos de arte, ya no para regalarlos á sus museos, como los antiguos colgaban los trofeos en los templos; sino para especular con ellos cual pudiera el último de los judíos.

El mariscal Soult llegó á convertir el ministerio de la Guerra francés en un centro de contratación de obras de arte, á beneficio de su afortunado poseedor. De allí salió la obra maestra de Murillo, vendida por el mariscal á sí propio por precio de una fuerte dosis de despreocupación, y adquirida por el Estado, de sus sucesores, muchos años después (1852), en 615,300 francos.

La suma no es floja, pero mucho ménos lo es la poca aprensión de los que adquieren objetos cuya procedencia les consta no ser por cierto la más legítima y honrada.

ABNEGACION

I

Serafin entró en su casa como entra el huracán por una puerta que ha franqueado mano imprudente en día de tempestad. Entró con los ojos encendidos, demudado el semblante; agitados los nervios por el último parasismo de la desesperación. El mulato que le abrió se dejó olvidadas en el fondo de un vaso de aguardiente, que saboreaba en el momento de ocurrir el siniestro, las precauciones con que solía recibir á su amo, y fué á dar de cabeza contra el escaño de la antesala.

—¡Bueno! dijo llevando las manos á la parte dolorida. Hoy se le han subido las narices á la cabeza.

Serafin entró en su cuarto; cogió una silla para sentarse, como quien coge un arma mortífera para destruir al género humano, y no la clavó en el suelo, delante del tocador, porque no siempre la materia inerte se presta á llevar la huella de las pasiones humanas.

Se sentó en la silla y se miró al espejo con la siniestra fruición de un alma vengativa que contempla á su mortal enemigo, ántes de aniquilarlo.

El espejo reflejó la imagen con una sinceridad como apenas se encuentra ya en el mundo fuera del cristal. Serafin era feo; tan feo, que el alma más cristiana le hubiera dejado morir en la soledad por no profanar con una involuntaria sonrisa la solemnidad de la extrema-unción. Su nariz, semejante á una patata criada en la licenciosa libertad de los campos, y llena de escrescencias dotadas por igual de vegetación espontánea y vigorosa, estaba enclavada entre dos ojillos que no tenían sino bajar las pupilas, entornando los párpados, para gozar de un paisaje alpestre erizado de plantas espinosas. Su boca era rasgada, rasgada por la naturaleza en uno de esos momentos de caprichosa brutalidad que hacen dudar á los escépticos de la armonía de la creación. Los dientes, rotos y mal cobijados por el interior de aquella especie de grieta sin labios, que, como los estuches garceados, no se cerraba nunca por completo en toda la línea, mostraban las huellas de un cepillo implacable y de una opiata heroica, consagrados inútilmente á corregir el desaliño de la naturaleza. Añádanse á estas perfecciones una frente que no medía doce centímetros desde los erizados pelos del cráneo á unas anchas y cerdosas cejas que corrían de sien á sien sin solución de continuidad; unas orejas enormes cuyos senos frondosos burlaban la actividad infatigable de las tijeras, y las huellas de una viruela confluyente que había venido á completar el trabajo inicial de la naturaleza, y se tendrá una idea aproximada de la fealdad excepcional que causaba la desesperación de Serafin.

Y la desesperación de Serafin era fundada: adoraba un imposible; soñaba con el amor de una mujer que supiera leer sin espanto, á través de una corteza grosera, el poema de un corazón capaz de pagar este sacrificio con un tesoro inagotable de ternura, y no se había acercado jamás á una criatura adornada, en el concepto de las gentes, de cualidades á propósito para realizar su ideal, sin producir un movimiento instintivo de repulsión ó provocar, cuando ménos, una sonrisa escapada á la vigilancia del espíritu más delicado y de la más exquisita cortesía.

Serafin se sentó delante del espejo; clavó con desesperación los puños en el mármol del lavabo, y fijó sus ojos amenazados de extrarivismo en la imagen abominable que reflejaba el cristal, buscando en ella la postrera y definitiva justificación del suicidio.

—¡Acabemos! dijo acercando el rostro al espejo para escupir en la frente de su mortal enemigo toda la hiel de su rencor: has dado pábulo á la risa de medio mundo; has servido de espectáculo irrisorio á una sociedad que perdona sin gran resistencia las deformidades morales; pero que condena implacablemente al ridículo á un individuo que falta monstruosamente á las conveniencias del exterior. Has tenido que renunciar al estúpido y obstinado sueño que te ha hecho correr sin sosiego en pos del amor desinteresado y puro de una mujer; has dado en vano la vuelta al mundo en busca de unos ojos cuya mirada supiera subir como las burbujas del lago, del fondo á la superficie, para cegar en ella. ¿Qué más? Acabas de oír en la calle la única risa que no esperabas: la risa de una hermana de la Caridad. Pues ¿qué aguardas? ¿En qué forma pretendes que el mundo y la felicidad te notifiquen tu sentencia de proscripción? No, no te dejes adormecer de nuevo en el seno de una irrisoria esperanza. Decídetes de una vez á devolver á la tierra el peregrino fruto de su monstruosa maternidad.

Y dichas estas palabras, Serafin se acercó á la puerta de su aposento, y llamó á grandes voces á su criado. El mulato apuró de un trago la última de las ocho copas de aguardiente con que solía activar la digestión del almuerzo, y acudió como Dios le dió á entender, que fué midiéndolo con los codos las paredes del pasillo, á la voz imperiosa de su amo.

—José, le dijo éste; oye bien lo que te digo y obedéceme al instante y sin replicar. Toma este peso, añadió poniéndole un duro en la mano: vete donde quieras á completar tu borrachera de todas las tardes, y no vuelvas hasta el anochecer. ¿Me has entendido? No vuelvas hasta el anochecer, y deja en casa el llavin.

José tuvo conatos de hacer alguna observación; pero viendo cerca del rostro el puño amenazador de su amo, creyó más prudente quedarse con la palabra en la boca que con los dientes fuera de ella, y salió dando tumbos del aposento. Tomó casi á un mismo tiempo el sombrero y la escalera, y se fué á la buena de Dios, murmurando entre dientes:

—¡Cuando digo que se le han subido las narices á la cabeza!

No bien oyó cerrar la puerta, Serafin sacó de su escritorio un revólver y una cartera en que se contenían los documentos que acreditaban su persona;

guardó estos documentos en su bolsillo, y salió con ánimo de no volver á su casa hasta dejar completamente zanjadas sus cuentas con este mundo.

Al abrir la puerta se encontró por primera vez con la vecina de enfrente que iba á cerrar la suya. No es fácil concebir talle más esbelto, ni rostro más seductor. La jóven le saludó con una graciosa inclinación de cabeza y desapareció ántes que el mozo, suspenso y como enajenado á la vista de aquella hermosa aparicion, pudiera devolver el saludo.

Quedóse por algunos momentos inmóvil, con los ojos fijos en la rejilla de la puerta. Despues exhaló un profundo suspiro y bajó lentamente la escalera, como si cediese á los postreros halagos de una esperanza engañadora.

—No se ha reido, decia Serafin para sí: no ha hecho ninguna demostracion de asombro; me ha dirigido un saludo amable á que mi estúpida sorpresa no ha sabido corresponder.... Es la primera mujer que me hace los honores de la personalidad humana: la primera que me saluda como á un ente racional, creado para objeto más noble que el de servir de ludibrio á la humanidad.... ¡Y qué bella! ¡Qué gracia decorosa en su sonrisa! ¡Qué magnética expresion en la mirada de sus negros ojos!.... ¡Si fuera ella la inesperada excepcion!.... Pero, ¿á qué delirar? añadió bajando de tres en tres los escalones. ¡A tu negocio, monstruo de naturaleza! No quieras llevar al otro mundo las pavesas de una postrera y engañosa ilusion!

Y una vez en la calle, corrió como un desesperado, resuelto á no dejarse coger en las redes del arrepentimiento.

A los pocos instantes su vecina entreabrió quedito la puerta de su habitacion, y asomando con precaucion su lindo rostro, animado por no sé qué tintas de rosa que parecian el reflejo de una oculta llamarada de la esperanza, aguzó por algunos momentos el oido para cerciorarse de que no se escuchaba ningun ruido; y viendo que reinaba en la escalera completa soledad, se acercó de puntillas, sin pisar más recio que una mariposa, á la puerta de Serafin, y deslizó por la rendija que la separaba del pavimento un objeto parecido á una carta.

Hecho esto, volvió con la misma ligereza á su habitacion, donde un gallardo mozo de rostro moreno, cerrada barba negra y facciones varoniles, habia seguido en la penumbra de la antesala todos los movimientos de la jóven.

Cerraron la puerta y volvió á reinar en la escalera la calma chicha de una siesta abrasadora del mes de agosto.

II

Declinaba la tarde cuando Serafin, evacuados sus negocios, volvía á su casa saboreando la amarga bñis que sirve de aperitivo al suicidio. Habia hecho testamento, legando toda su fortuna, que no bajaba de un millon de pesos, á su tio D. Francisco Pizarro, á quien ciertamente no hacia falta este refuerzo para figurar entre los propietarios más opulentos de México. Los méritos de José, reducidos á una fidelidad asegurada de por vida contra las frecuentes granizadas que caian sobre sus costillas, siempre que á su amo se le subian las narices á la cabeza, quedaban recompensados con una pension que bastaba para alcoholizar á todos sus descendientes hasta la cuarta generacion.

Y una vez aliviado de la pesada carga de los intereses terrenos, Serafin no pensó sino en asegurar el golpe que debía librarle de la pesada carga de la existencia, y volvió á su casa resuelto á dar trágico fin y desenlace al ridículo sainete con que habia divertido los ocios de la humanidad.

Al llegar junto á su casa tropezó de manos á boca con un individuo que doblaba una esquina y el cual, para evitar sin duda las consecuencias del encuentro, le puso las manos en el pecho pronunciando la primera palabra de un «V. dispense.» Pero no bien puso la vista en la cara de Serafin, cuando tuvo que interrumpir la frase para soltar una sonora carcajada.

Serafin iba á suicidarse y con esto está dicho que no se hallaba su ánimo en el cuarto de hora de la mansedumbre. Enarboló la caña de Indias con puño de hierro que llevaba en la mano, y la descargó sobre la cabeza del zumbon con muy buen deseo de enviarle por delante, camino de la eternidad. Pero el transeunte, que era un jóven de veinticinco años, dotado de grandes fuerzas musculares, paró sin gran esfuerzo el golpe con la mano izquierda y arrancó el baston de manos de su agresor.

Sonaron casi al mismo tiempo dos carcajadas, y se oyó en lo alto el grito agudo de una mujer. Serafin alzó involuntariamente los ojos, y vió que su vecina presenciaba, llena de espanto, la escena desde el balcon de su casa.

—Es mi hermana, dijo con sequedad el del en-

contron. No podemos hablar aquí.

—Vamos donde V. quiera.

Tomaron á buen paso la calle arriba, y despues de doblar rápidamente algunas esquinas para desorientar á los curiosos, el que se llamaba hermano de la vecina de Serafin se detuvo, y encarándose con su contrario, le dijo en voz baja:

—Me llamo Leopoldo Villamartin.

—Y yo Serafin Gallardo.

—Nos hemos inferido mutuamente una ofensa mortal.

—Así lo entiendo.

—De ese modo comprenderá V. que no puede tratarse entre nosotros de un ridículo simulacro de duelo.

—Se trata de un duelo á muerte.

—Pues bien, ¿tiene V. inconveniente en prescindir de las formalidades propias de estos casos? Las creo ociosas en esta ocasion y me repugna comprometer á los amigos en un desafío á muerte.

—A mí tambien. Además, me interesa la brevedad. Puede V. señalar desde luégo el sitio, la hora y la forma en que se ha de verificar el duelo.

—El sitio de reunion la puerta de Toledo: desde allí buscaremos el más conveniente. La hora las siete de la mañana. Las armas, una pistola cargada y otra sin cargar. Uno de los dos prepara el arma; el otro elige, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. ¿Estamos de acuerdo?

—Ahora más que nunca.

—V. llevará las pistolas.

—No. Ruego á V. que se tome esa molestia.

—Como V. guste. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y se separaron dándose un furioso apretón de manos para recomendarse mutuamente el cumplimiento de la palabra.

Serafin volvió á su casa y encontró al mulato que le esperaba en el portal.

—Toma la llave, le dijo, y abre la puerta, ya que la casualidad ha querido que nos volviéramos á ver.

José no entendía de retencencias ni áun en las primeras horas de la mañana. Imagínense mis lectores si al anoecer se hallaría en estado de penetrar el sentido de las palabras de su amo. Subieron la escalera, y al entrar en la habitacion, á la luz de una cerilla que el mulato logró encender, despues de intentarlo en vano muchas veces, para alumbrar á su amo, éste reparó en la carta que la vecina habia deslizado por debajo de la puerta.

—José, dijo al criado: por lo visto el cartero, no hallando á nadie en casa, ha echado esa carta por debajo de la puerta. Recógela como puedas y llévala á mi cuarto con una luz.

El mulato obedeció. La carta era de Nueva-York: Serafin la abrió con la indiferencia de un difunto en ciernes que entretiene de cualquier modo las horas de una huelga forzosa de suicidas, y leyó su contenido. Un rico y respetable comerciante, amigo suyo, establecido en aquella plaza, le anunciaba la quiebra de la antigua y opulenta casa de banca donde el jóven tenia colocada toda su fortuna.

La noticia no alteró el semblante impasible de Serafin. Terminada la lectura de la carta, dejó tranquilamente el papel sobre la mesa, y murmuró entre dos bostezos que hubieran aventajado, en certámen imparcial, la elasticidad de una boca de pantera.

—¡El crédito!.... Una religion que se halla en el período de los milagros y ya experimenta los desfallecimientos mortales de la fe. Lo sentiria por mi tio Francisco, si no supiera que la adquisicion de mi fortuna hubiera sido para él lo que un miserable aluvion agregado á las tierras de un Nabá.

Y despues de este breve comentario, llamó á su criado y le dijo:

—José: esta carta me anuncia que he perdido toda mi fortuna. Estoy completamente arruinado y tenemos que separarnos para siempre.

Estas últimas palabras despejaron como por encanto el nublado cerebro del mulato, y el desdichado empezó á dar tales alaridos que no parecia sino que su amo le hiciera sentir en las costillas la paliza final.

—¡José! gritó Serafin; no me aturdas, guarda silencio, y escucha lo que te digo.

El mulato hizo un esfuerzo para ahogar sus gemidos.

—Con el dinero que queda en la gaveta tienes más que suficiente para volver á México. Mañana mismo te pondrás en camino con una carta para mi tio Francisco, y volverás á su servicio. Ahora toma dinero y vete á comer donde quieras. Yo he comido ya y no te necesito para nada. Acuéstate temprano, y á las seis de la mañana, si por casualidad estoy dormido, despiértame. ¿Entiendes bien? A las seis de la mañana. Vete.

José volvió á romper en sollozos; pero un amago

del baston de su amo atajó esta segunda manifestacion ruidosa de su dolor. Salió del aposento reventando de pesadumbre y se fué á desahogar la plenitud de su corazon en el seno de una niñera negra, del cuarto tercero, que le esperaba todas las noches en la escalera y á quien el mulato habia hecho concebir la esperanza de una próxima y ventajosa union de la penumbra con las tinieblas.

III

Serafin se quedó dormido en su butaca. Poco despues del amanecer se despertó sin la ayuda de su criado y abrió el balcon de su cuarto para respirar por última vez el ambiente puro de la mañana. A poco oyó la voz de un hombre que decia con acento imperioso:—¡Alto caballero: vengan esas pistolas y dése V. á prision!—Asomóse al balcon y vió junto al portal de su casa unos agentes de la autoridad que, sin usar de los recursos heróicos de la fuerza, y empleando, por el contrario medios corteses de persuasion, procuraban detener á un individuo que protestaba con toda la fuerza de sus pulmones contra lo que él llamaba atropello incalificable de los derechos del ciudadano. Serafin reconoció con gran sorpresa en el detenido al hermano de su vecina, el cual, renunciando al fin á una resistencia inútil, amenazó con el puño cerrado el balcon de su casa, y dijo con voz ahogada por la indignacion:

—¡Ah Laura, Laura! Es la segunda vez que tu mal entendido amor de hermana conspira contra mi honor! Pero tu celo es inútil.... ¡Ya me conoces!

Y dicho esto, significó con ademán altivo que queria ser tratado con la consideracion debida á un caballero y tomó con la cabeza erguida y la soberbia en los ojos el camino de la prevencion, dejando á distancia respetuosa á los agentes de la autoridad.

Cuando el preso y sus guardadores hubieron doblado la esquina, Serafin se retiró del balcon muy poco satisfecho de la escena que acababa de presenciarse, por el nuevo entorpecimiento que oponia á su resolucion de acabar con la vida. Y al poner el pié en su cuarto, ¡cuál no seria su sorpresa al encontrarse en presencia de su vecina!

Sí: era ella; la hermana de su ofensor. Se hallaba en medio del aposento, pálida, inmóvil, con los ojos arrasados en lágrimas, agitados los labios por el temblor nervioso que precede al deshecho llanto. El dolor daba á su belleza tan nuevos y seductores atractivos, que Serafin, despues de la exclamacion involuntaria con que saludó la inesperada aparicion de la jóven, quedó por algunos momentos suspenso y privado del uso de la palabra.

La jóven hizo un esfuerzo para vencer la última resistencia del pudor, y juntando las manos sobre su seno en la actitud de una vírgen de Murillo sorprendida en el estudio del pintor ántes que su pincel hubiera tenido tiempo de velar con las tintas ideales de su paleta la arrebatadora realidad de un modelo andaluz, se acercó á Serafin y le dijo con voz ahogada por el pesar:

—Caballero, sé que doy un paso imprudente, indigno quizá de una jóven que tiene que conservar ileso el honor de los que le dieron el sér: pero sé tambien que me sirve de excusa la desesperada situacion en que me encuentro.

—Señorita, respondió Serafin con lengua balbuciente: á la verdad, no esperaba el honor....

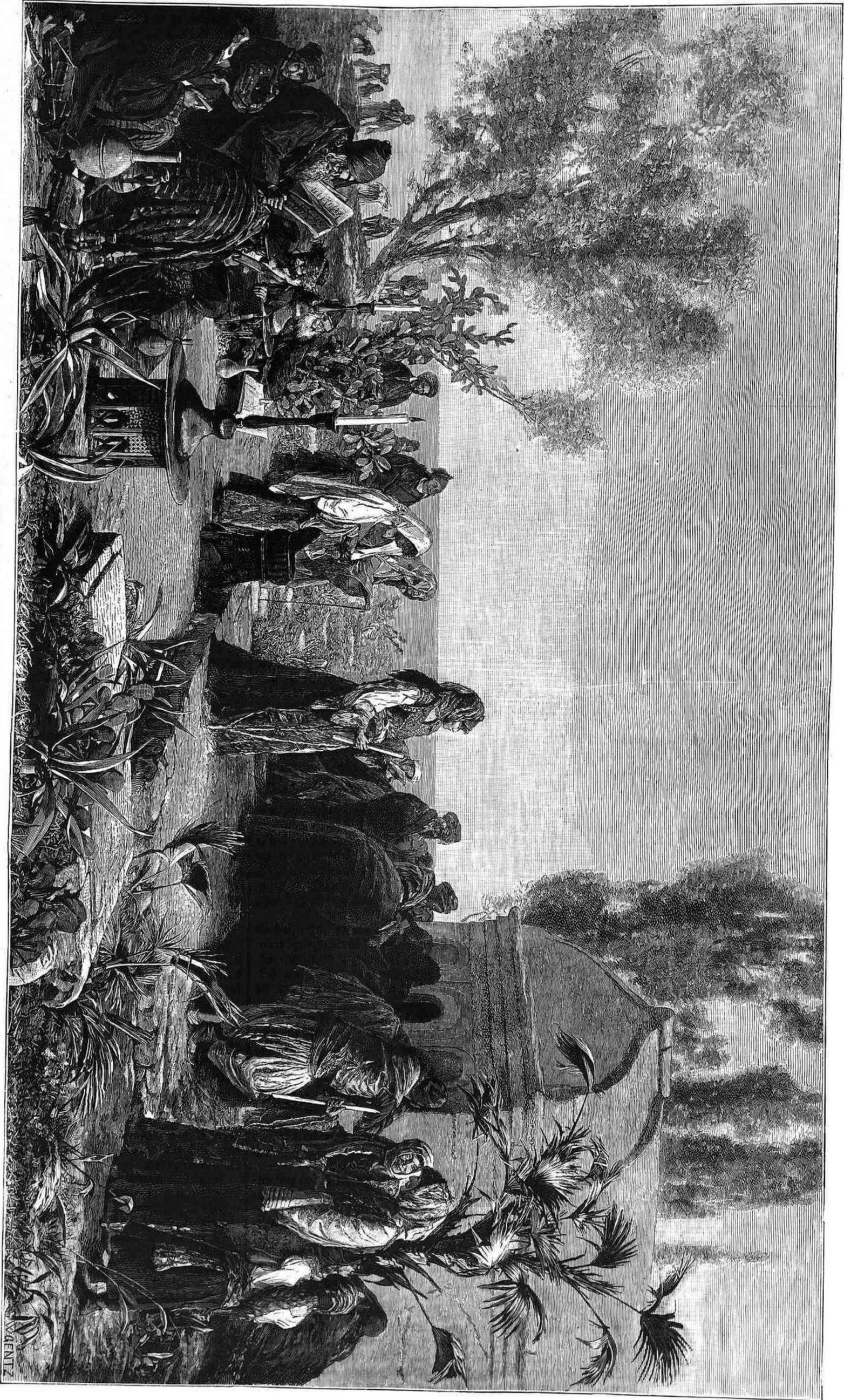
—¡Caballero, V. iba á batirse con mi hermano! dijo la jóven tomando de pronto el tono y el ademán del juez indagador. Y añadió atajando la delicada excusa que iba á salir de los labios de Serafin: Es en vano que V. me lo niegue. He presenciado el lance; conozco el carácter de mi hermano, y le tengo á V. por un caballero. Se trata de un duelo á muerte. Pero es inútil que acuda V. á la cita. Mi hermano no acudirá. Le he denunciado á la justicia y está preso.

Serafin se quedó por un momento arrobado contemplando á la jóven, y cuando pudo recobrar el uso de la palabra, la invitó á tomar asiento. Laura, —toda vez que ya sabemos su nombre por el apóstrofe de su hermano,—Laura cayó sobre una silla, cubriéndose el rostro con el pañuelo y enseñando la mano más adorable que ha concebido el eclecticismo ideal de Rafael.

Serafin la dijo, tapándose la cara con las manos, para no comprometer las dulces inflexiones de su acento afectuoso:

—Y bien, señorita, ¿qué quiere V. de mí?

—No lo sé, caballero, repuso Laura, apartando el pañuelo de los ojos, con una agitacion que aumentaba por momentos las ondulaciones de su seno virginal. Estoy aquí, y no sé á lo que he venido. Quisiera evitar una desgracia que seria mi desesperacion y mi muerte, y comprendo que sólo mi locura ha podido traerme aquí.



LA TUMBA DE ISAAC BAR SCHICHAT, cuadro por W. Gentz

W. GENTZ



LA INMACULADA CONCEPCION, COPIA DE UN CUADRO DE MURILLO

Y la joven desató por segunda vez los manantiales de sus hermosos ojos, derramando un raudal de lágrimas, que á despecho de la sed nunca satisfecha por la samaritana de los sueños de Serafin, se perdía entre los pliegues de un pañuelo.

—Tranquílcese V., señorita,—dijo el joven, sentándose á distancia respetuosa de Laura,—y dígame con entera libertad, como si desahogara su corazón en el seno de un hermano, á qué impulso irresistible de su corazón ha obedecido al honrar esta casa con su presencia.

—Pues bien, respondió Laura, secando con mano nerviosa las lágrimas de sus ojos: amo con delirio á mi hermano; es el consuelo y el apoyo de mi orfandad, y su muerte sería mi muerte. Le conozco bien: es un alma llena de ternura y de bondad; pero un carácter indomable y fiero cuando se trata de eso que los hombres llaman el punto de honor. Ha habido una ofensa mortal: V. pundonoroso y caballero; él arrastrado por no sé qué impulso instintivo é incorregible de su naturaleza, el duelo que hoy he conseguido evitar se efectuará un día ú otro, y mi hermano morirá.

—¡Señorita!...

—Le digo á V. que morirá. Ha tenido la desgracia de matar en un lance de honor á su mejor amigo, y en un lance de honor morirá. Es un presentimiento de mi corazón, añadió la joven llevándose otra vez el pañuelo á los ojos y haciendo vanos esfuerzos para ahogar los sollozos.

Hubo un momento de silencio. Serafin volvió á contemplar á la joven y creyó respirar las perfumadas auras que en sus verdes años, ántes de apurar los desengaños del mundo, arrullaron sus sueños de felicidad. Y la dijo con voz penetrante:

—No tema V., señorita. Su hermano no morirá.

Al oír estas palabras, Laura se levantó como impelida por un resorte, y cogiendo la mano de Serafin, y clavando en sus ojos una mirada radiante que penetró en el alma del joven como una ráfaga de luz emanada de su paraíso mil veces soñado,

—¡Cómo! exclamó con acento indefinible en el que se leía con más claridad la expresión del asombro que el júbilo de la esperanza. ¿Será V. capaz de semejante sacrificio? ¿Daria V. á mi hermano una explicación tan satisfactoria que evitase ese duelo?

Serafin respondió á estas palabras con una sonrisa melancólica, si es que á su boca le era dada la dulce expresión de la melancolía: obligó cariñosamente á la joven á tomar asiento, y la dijo:

—Señorita, por el tono con que V. ha pronunciado esas palabras, comprendo que, áun contra los intereses de su corazón, acoge con instintiva repugnancia la hipótesis de una humillación indigna de un caballero. En efecto, debo decir á V. que, con ser tan profunda la simpatía que me inspira su dolor, en circunstancias normales de mi vida, me sería imposible evitar ese lance de honor. Pero media una circunstancia excepcional que me excusa de dar pruebas de valor sin incurrir en la nota de cobarde, y puede V. dormir tranquila: el contrario de su hermano no acudirá á la cita.

Al oír estas palabras, las huellas del dolor desaparecieron del rostro de Laura y dieron lugar á la expresión de la más intensa curiosidad. La joven miró fijamente á Serafin, y la inquietu oscilación de sus pupilas mostró la impaciencia de un espíritu mujeril que trabaja por descifrar un enigma, en cuya solución se halla profundamente interesada su curiosidad. De pronto, y como obedeciendo á una súbita inspiración, dirigió una mirada á la mesa, sobre la cual recordó haber visto, al entrar, un revólver colocado sobre una carta á medio escribir, y llevando la mano á su frente como quien ha encontrado la explicación definitiva de un recelo, se levantó otra vez de la silla, y clavó una mirada límpida y penetrante en los ojos de su vecino.

—¡Caballero! le dijo: un hombre que proclama la imposibilidad de excusar un duelo á costa de una explicación humillante, y se compromete, sin embargo, á no acudir al terreno á donde le llama un sentimiento tan severo del punto de honor, es que está resuelto á pagar con la vida una deuda privilegiada. V. medita un suicidio. Ahora recuerdo que anoche, al subir á mi casa, oí las lamentaciones de su criado que hablaba en la escalera de una carta en que le anunciaban á V. la pérdida total de su fortuna. Y ahora comprendo la causa....

—Señorita, interrumpió Serafin con dulzura, es verdad que estoy arruinado; pero juro á V. que mi resolución irrevocable de morir,—ya que no he sabido ocultarla á su penetración,—es anterior á ese revés de la suerte. ¡Mi fortuna!... Yo la hubiera trocado, sin vacilar, por la esperanza de una felicidad que no se puede comprar con todos los tesoros del mundo.

—No comprendo, dijo Laura reflejando en su

mirada magnética la impresión de un espíritu que empieza á abrazar la causa de un infortunio digno de simpatía.

—Pues bien, señorita, repuso Serafin subyugado por aquellos ojos hechiceros que escudriñaban con tal abandono el fondo de su naturaleza moral, sin fijar la atención en las groseras incorrecciones de su naturaleza física. He resuelto acabar con mi existencia, porque la felicidad me está negada en este mundo. No la comprendo sin el amor, y he corrido como un loco en pos de un vano ideal. He buscado el afecto puro, ajeno á los mezquinos intereses de la tierra, de una mujer que supiera penetrar en el fondo de mi corazón, y no he encontrado una sola, capaz de realizar esta ilusión de toda mi vida, que no me haya mirado al rostro con un movimiento invencible de horror ó con una sonrisa de irónica compasión. Por eso la vida me es insostenible. No puedo inspirar amor y quiero morir.

—¿Qué dice V.! exclamó la joven con asombro. ¿Y es esa la única causa de su funesta resolución?

—La única, señorita. La pérdida de mi fortuna, añadió Serafin con desden, no hubiera podido arrojarme á un acto de desesperación que me ha parecido siempre recurso de cobardes. Soy joven, tengo alguna inteligencia, y no me espanta el trabajo.

—De modo, repuso Laura, dando otra vez indicios de profunda emoción, que yo saldré de aquí llevando en el alma el doloroso convencimiento de que no he salvado la vida de mi hermano sino á tregua de haber consentido, con ánimo impasible, la muerte de un hombre de bien!

—No, dijo Serafin con voz triste y afectuosa: V. saldrá de aquí llevando el consuelo de que por una circunstancia ajena á su voluntad, el contrario de su hermano no acudirá al terreno del honor.

Laura se cubrió el rostro con el pañuelo y quedó por algunos segundos como abismada en sus pensamientos. De pronto se levantó de la silla y fijando una mirada resuelta y serena en los ojos de Serafin, preguntóle con tono apremiante y perentorio:

—¿No es verdad que el que se llamara mi esposo tendría el deber de olvidar una deuda del pundonor contraída con el hombre que, en virtud de un vínculo sagrado, resultase ser su hermano?

Serafin sintió pasar por su cerebro un vapor vertiginoso que le quitó por un instante la luz de los ojos, y respondió con lengua balbuciente:

—Señorita... es verdad.

—Es V. pobre, es desgraciado y quiere acabar con la existencia porque no encuentra el calor de un afecto puro y desinteresado. ¿No es verdad?

—Sí, es verdad.

—Pues bien, caballero: ¿me quiere V. por esposa?

—¡V. mi esposa! exclamó Serafin apoderándose impetuosamente de las manos de la joven, como quien se apresura á tomar posesión de una dicha quimérica que se le viene al fin á las manos con cuerpo de realidad. ¡V. mi esposa!... Pero Laura... pero señorita; ¿sabe V. toda la extensión de ese sacrificio? ¿Sabe V. que ni siquiera me es dado ofrecer un modesto bienestar á la mujer que una su suerte á la mía? ¡No considera que este juguete miserable de la naturaleza es, para colmo de su desdicha, una víctima infeliz de la suerte!...

—Sé que es V. tan pobre como yo, repuso Laura con acentos de dulzura que resonaron en el corazón de Serafin como una melodía arrebatadora en una caja armónica sin estrenar. Sé que puedo conjurar un conflicto de muerte sin desdoro de mi opinión, y por eso me atrevo á decirle: soy huérfana; vivo de los restos de una modesta fortuna que mi padre, comerciante de Santander, no pudo salvar de una ruina casi completa, y está cercano el día en que mi hermano y yo tengamos que buscar la subsistencia en el trabajo. ¿Quiere V. unir su suerte á la mía?

—¡Laura! exclamó Serafin arrojándose á los pies de la joven. ¿No es esto un sueño? ¿Será verdad que al defender la vida de un hermano querido, niega V. su corazón á la simpatía que despierta en las almas sensibles un infortunio inmerecido?

—Si negara mi corazón á esa simpatía, respondió Laura, con acento de dulce reconvencción, le dejaría morir y salvaría la vida de mi hermano.

Serafin creyó en la posible aclimatación de los ángeles sobre la tierra.

—¡Una prueba! exclamó. ¡Una prueba solemne de que no soy el juguete de una vana ilusión!

—Tan solemne como V. la necesite para creer en la firmeza de mis palabras.

Serafin se levantó del suelo y salió de su cuarto como un loco, en busca de su criado.

—¡José! le dijo: ¡ya no te vas á México! ¡Ya no me mato! Vete sin perder un segundo al número quince donde sabes que vive el escribano de casa, y tráemelo al instante muerto ó vivo para un negocio que no admite dilación!

Aquella mañana quedaba firmado un contrato de esponsales entre D. Serafin Gallardo y la señorita doña Laura Villamartin. Aquella noche el joven soñó que su nariz era un árbol frondoso, fecundado por un abono providencial, de cuyas ramas cogían el fruto de la felicidad todas las almas sensibles de este mundo.

IV

Al día siguiente Laura tuvo una entrevista con su hermano en la cárcel, y á las pocas horas Leopoldo fué puesto en libertad mediante la promesa de no volver á provocar á su contrario.

Serafin y Leopoldo se vieron en presencia de Laura, y después de una espontánea y jubilosa explicación del primero, explicación que su contrario no quiso escuchar hasta el fin, las bofetadas se consideraron como no dadas ni recibidas y la escena terminó con un abrazo lleno de efusión fraternal.

Desde aquel momento sólo se pensó ya en acelerar los preparativos del casamiento, en los cuales desplegó Leopoldo una actividad que mostró bien á las claras el gran interés que se tomaba por la dicha de su hermana.

Y así las cosas, una mañana muy temprano, Laura entreabrió quedito la puerta de su cuarto, y asomando con precaución su lindo rostro, animado por las tintas de rosa de una lograda esperanza, aguzó por algunos momentos el oído para cerciorarse de que no se oía ningún ruido, y viendo que reinaba completa soledad en la escalera, se acercó de puntillas, sin pisar más recio que una mariposa, á la puerta de Serafin, y deslizó por la rendija que le separaba del pavimento una carta voluminosa.

Y hecho esto se volvió con la misma ligereza á su habitación.

Aquel día, Serafin, al levantarse de la cama, vió sobre la mesa una carta, procedente de México.

—Esta letra, dijo para sí rompiendo el sobrescrito, es la del administrador general de mi tío Francisco. Serafin leyó una extensa carta en que se le anunciaba que su tío D. Francisco Echevarría acababa de morir, dejándole por heredero universal de su inmensa fortuna, y se le invitaba á pasar á México á tomar posesión de la herencia.

El pliego contenía una copia del testamento.

—¡Pobre tío Francisco! dijo Serafin después de leer la carta, me quería como á un hijo. La fortuna me sonríe por segunda vez; ¡pero es á costa de un dolor!

Serafin sintió sinceramente la muerte de su bienhechor; mas no por eso dejó de pagar tributo á la flaqueza humana. Amaba á Laura con delirio y la idea de poner á sus pies una fortuna inesperada, en precio de un afecto desinteresado y puro, no podía menos de halagar su corazón.

Guardó la carta y la copia del testamento y no puso á nadie en el secreto de aquel repentino cambio de situación.

Pasaron los días, y lució al cabo para Serafin el más feliz,—ó mejor diré—el primero feliz de su vida. Se casó con Laura. Al salir de la iglesia pudo observar con júbilo indecible que la joven arrostraba con semblante sereno y desdeñoso las sonrisas malignas de las devotas, y exclamó con un arranque involuntario de orgullo:—¡Reios del más feliz de los hombres!

Al llegar á la casa nupcial, alquilada por deseo de Laura en un barrio exterior, Serafin sacó de un cajón de su escritorio la copia del testamento y la puso en manos de su esposa diciendo:

—Toma el regalo de boda de un pariente que no podrá ser testigo de mi felicidad.

Laura pasó los ojos por el papel, y dijo sin que su rostro reflejara más movimiento interior que el de la sorpresa:

—¡Ah! ¡pobre señor!

V

A los quince días Serafin se separó por primera vez del lado de su mujer para hablar de intereses con su agente de negocios y preparar el viaje á México. Laura estaba resuelta á acompañarle, y era cosa convenida que Leopoldo administraría unas salinas cuyos pingües rendimientos habían contribuido en gran manera á labrar la fortuna colosal del tío de Serafin.

Era la primera vez que Leopoldo y Laura se quedaban solos desde el día de la boda; y aprovechando aquel momento para desahogar la plenitud de su corazón. Estaban de sobremesa: José comía en la cocina con la servidumbre que estaba pendiente de sus labios oyendo el relato de las riquezas imponderables que había heredado su amo.

Leopoldo dijo á su hermana después de apurar una copa de Champagne.

—Vaya, hermanita, ya está satisfecha tu ambición. Soñabas con la fortuna de una princesa y la suerte ha colmado con exceso la medida de tus deseos. Ya puedes competir con las más opulentas adoradoras del becerro de oro. ¡Salud y ventura en la tierra á la criatura de buena voluntad que sabe convertir en polvo de oro el polvo de la nada! añadió Leopoldo poniendo otra vez á contribucion la botella medio vacía, é invitando á su hermana á asociarse al entusiasmo de su discurso fraternal.

—Reconozco mi flaqueza, respondió Laura humedeciendo sus labios en el líquido espumoso, y reconozco que la casualidad es á veces cómplice muy sumisa de las pasiones humanas. Es verdad, mi ambición está satisfecha: puedo humillar la soberbia desdeñosa de muchas privilegiadas de la fortuna y he realizado el sueño de mi vida. Pero me asombro cuando pienso que este prodigio de *Las mil y una noches* no tiene más fundamento que las indiscreciones de un mulato beodo que enamora á una negra en una escalera, poniéndola en el secreto de las debilidades de su señor....

—Y la equivocación consentida, añadió Leopoldo, de un suplente de cartero que pone cierto día en buenas manos dos cartas preciosas, cuyo contenido puede suministrar los materiales de un drama sentimental encaminado á esta moraleja: «La fortuna es una deidad cosmopolita que se encuentra algunas veces en el camino de la abnegación.»

—Es verdad, repuso Laura. Y á propósito, Leopoldo; supongo que de hoy más condenarás al olvido ese arte de abrir y cerrar las cartas que te enseñó á la perfección no sé qué empleado cesante de correos.

—¡Ay, hermana mía! repuso Leopoldo trasvasando otra copa del espumoso: esa habilidad hubiera sido perdida á no contar con la ayuda de tu privilegiada inteligencia. Con razón me dijo aquel empresario de teatros de San Francisco de California que llegarías á ser una gran dama joven. ¡Lástima que hayas dejado la carrera!

—No, Leopoldo, no la he dejado.

—¿Cómo! exclamó el joven alarmado: ¿intentarías descender de tu altura?

—No me comprendes, añadió Laura sonriendo: quiero decirte que he firmado para siempre en el teatro de mi casa un contrato de primera dama y que tengo que representar una comedia tan larga como la vida.

—Y yo sé que representarás sin exponerte jamás á una grito.

—Gracias por la buena opinión que te merezco. Pero ¿y tú, Leopoldo? ¿Qué te propones? ¿Cuáles son tus propósitos para el porvenir?

—Mis propósitos son, exclamó el joven con entusiasmo, administrar fielmente las ricas salinas de Serafin. Y te diré para tu gobierno, que las tales salinas producen, según me ha dicho, cincuenta mil pesos, un año con otro. Con que, ya ves, sólo en el ramo de la sal, poseo, sin contar la tuya, una buena renta. ¡Lástima que sea tan feo! porque la verdad es, hermanita, que el mozo es feo de veras.

—Sí, respondió Laura sonriendo; pero con mucha sal.

Tranquilícense mis lectoras. Laura viaja por todo el mundo y vive con el fausto de una princesa: pero es esposa fiel y procura alargar la vida y las ilusiones de Serafin.

PEREGRIN GARCIA CADENA

LOS INVENTORES

Enrique de Iluso, hijo de una familia bien acomodada de la provincia de Cuenca, después de aprobada la filosofía, vino á Madrid, y comenzó á prepararse para una carrera especial.

No se había fijado; tan pronto quería descender á las entrañas de la tierra y hacerse ingeniero de minas, como subir á los espacios y dar dirección á los globos, lo mismo le atraía la construcción de ferro-carriles, que los problemas todos de la mecánica, y así pasaron los años, y sin entrar en ninguna escuela, y consumido el patrimonio de sus padres, llegó nuestro D. Enrique á cumplir 27 años, sin carrera, con marcadas aficiones filosóficas, y sobre todo con grandes condiciones de inventiva.

Hoy tiene 33 años y es calvo; lleva barba corrida sin partir, cortada por los lados y unida por abajo; es delgado, viste generalmente de negro, lleva anteojos, no quedos sino gafas de acero sumamente fino; tiene la nariz aloritada, los labios delgadísimo, las manos blancas, no tanto las uñas y fuma cigarrillos de papel, que él mismo se hace en lo que llama cilindro generador de su invención.

Vive solo en una casa de huéspedes de la calle del Olivo, tiene una alcobita y una sala; en la primera no hay más que un catre y una silla, encima de la cual hay una

vela y una caja de fósforos de esas italianas que tienen la historia de Nana; por cierto que la figura de la heroína, se halla emborronada y cubierta de un redondel de esmerma con un punto negro en el centro de la circunferencia, sin duda porque la caja le sirve de apagador.

En la salita hay un aguamanil pintado de verde al temple, de aquellos que ya no se ven por el mundo, y sobre él una palancana de Talavera con unas flores verdes y unas yerbas encarnadas, que es lo que hay que ver.

Cubriendo todo el artefacto, hay una toalla de granito, con conatos de fleco, y una línea encarnada á cada costado, que aunque algo pálida, anima el cuadro.

El aguamanil, que remata por el pié en lo que nuestros prederos llaman «pata de cabra;» tiene en su centro (considerando el centro de alto á bajo) sujeto por los tres piés que le forma, una especie de vasar, donde se ven protegidos por la sombra de la toalla, una pastilla de jabón y un batidor, al que por más señas, le faltan varias púas en la parte clara.

Hay en la salita cuatro sillas de enea, una mesa cubierta de libros y papeles y un tablero de dibujo, en el que en estos momentos campea un plano que tiene por objeto explicar un aparato de navegación aerostática.

Un baul, y encima de él dos pares de botas, completan el ajuar, al que viene á dar carácter estético, un retrato del inventor del vapor, recortado de «El Globo,» pegado á la pared con dos obleas, y varias caricaturas de «El Motin,» distribuidas á guisa de cuadros y clavadas por un procedimiento parecido al que ha servido para la instalación del retrato de Watt de que ántes hablé á Vds.

Enrique de Iluso, así instalado y pasando más que regulares apuros para realizar lo que llaman los sociólogos la ley de la lucha por la existencia, muchas veces al considerar su penuria, dice con gran fe (hay que reconocerlo): «Mi vida es como la de todos los grandes inventores, todo lo sacrifico á la ciencia y á la humanidad, no hay que desfallecer, mi misión es grande.»

Debutó como inventor con un procedimiento sencillísimo para la creación de fuerza.

Decía él:—Una máquina que se limite á aprovechar toda la fuerza inicial, es simplemente una vulgaridad: el problema es este: con 100 kilogramos de fuerza hay que producir un esfuerzo de 500; y esto se logrará con un sistema de palancas.—Al efecto construyó una bola esférica remedo del planeta, á la que unió una palanca en forma de malacate, haciendo descansar la bola que había de mover en un solo punto de un aparato que llamaba de soporte y enganchando al límite del malacate un gato previamente pesado dentro de un saco.

Y decía Enrique:—«El gato que mueve el aparato pesa menos que la bola movida; luego por la palanca he creado una fuerza, y este sistema perfeccionado, y haciendo una palanca de materia dura, que tuviera muchos trillones de kilómetros, podría mover la tierra en sentido contrario al de su rotación, con sólo la fuerza de un burro manchego por ejemplo.»

Sobre este proyecto escribió á Echegaray, y como no le contestara, decía hablando de él: «Como dramaturgo puede pasar, pero como mecánico, ni esto»—poniendo la uña del dedo pulgar en los dientes de arriba.

Más tarde, inventó una rueda en forma de aspa en cada una de las cuales había un receptáculo en que encajaba determinada cantidad de azogue, que caía perpendicularmente de una en otra aspa, produciendo el peso específico de este metal nada menos que el movimiento continuo: por cierto que esta idea la tomó en la plaza de Santa Ana viendo cómo un pájaro movía una jaula de esas que tienen una rueda en forma de estrella.

Para la explotación de su invento de movimiento continuo, se puso de acuerdo con varios hombres de negocios, de los que van al café de las Columnas, y sobre el mármol de aquellos veladores, con un lápiz que siempre lleva en el bolsillo, ha hecho Enrique más croquis y resuelto más ecuaciones, que el más atareado ingeniero constructor.

Pensó primero en la constitución de una sociedad por acciones, que había de formar un sindicato para lanzar el negocio, por de contado sin olvidarse de pedir el privilegio en Francia, Alemania y demás países extranjeros de América y Europa; pero la cosa no cuajó, no solamente porque no pudo reunirse el capital, á pesar de las sendas tazas de café, que con media tostada de abajo hubo de tomarse con los *dineristas*, sino que por miserables envidias, no quisieron despacharle los planos en el Conservatorio de Artes y Oficios.

Aunque preocupado con la mecánica, no descuidaba la filosofía, y positivista dentro de ella, realista en literatura y republicano en política, tenía un trabajo inédito en el que se había propuesto demostrar:

1.º Que la filosofía y la razón no son más que los resultados de la mecánica cerebral cuya caldera es el estómago.

2.º Que la célula es perfectamente factible para la físico-mecánica moderna, y que el ideal de la humanidad y su riqueza serán las incubadoras humanas, que enriquecerán todas las clases sociales con excepción de los profesores de obstetricia, y

3.º Que siendo el hombre una máquina, el porvenir de la medicina es sustituir las entrañas naturales con otras compuestas de laca y ciertos aglutinantes convenientemente activos, que podrían para mayor resistencia embreadarse y para mayor belleza niquelarse.

No habiendo encontrado editor para este libro, esperaba tranquilamente á que se realizase el Congreso Científico con que ha de inaugurarse el nuevo Ateneo, ante

cuya consideración pensaba exponer su obra, que por un insondable misterio del espíritu, tenía resuelto dedicar á los Frenópatas.

Abandonando la filosofía por mecánicos problemas que más cautivaban su afición, inventó más tarde una locomotora que para nada necesitaba caldera ni vapor: bastábale el aire comprimido, y por un sistema de válvulas y correajes, lo almacenaba en las bajadas y lo utilizaba en las subidas, y decía un día con el sacro fuego de la inspiración, por cierto en el café de Levante, después de comerse una ración de ternera con patatas y de tomarse una taza de café con gotas: «No más explotación de cuencas carboníferas, no más minas, que vilipendian al obrero moderno: sustituyo el carbon con el aire, el aire no es denunciante, no hay que pagar cánon para su explotación, no ha menester capital que le procure; es la más libre, la más espiritual, la más aérea de todas las fuerzas; voy á hacer una revolución en el mundo, más imperecedera que la que hizo Jesucristo, que después de todo fué tan filósofo como yo, aunque menos mecánico.»

Y cada uno de estos inventos, cada una de estas disquisiciones, detrás de la cual veía siempre un sindicato de banqueros que había de lanzar el negocio, porque para sustituir al capital no había encontrado hasta entonces más fuerza que el aire; le sostenían meses y meses y vivía de esa inexplicable realidad que siempre produce la esperanza.

En cierta ocasión, hace ahora dos años, flaqueó por vez primera su fe científica.

Había ideado un freno eléctrico, que ponía en comunicación constante á los maquinistas de los trenes ascendentes y descendentes, de forma que se habrían evitado todas las señales ópticas y acústicas de que se valen las explotaciones de ferro-carriles. Un hilo conductor que iba por el centro de la vía, en comunicación constante por medio de una rueda con cada uno de los furgones en que iba el guarda freno, era la base de su mecanismo; y tuvo la suerte de encontrar á D. Homobono Gonzalez, hombre de medianos posibles, asiduo lector de Julio Verne y entusiasta por los adelantos materiales del país, de esos que parece que están deseando que se presente un negocio descabellado y científico para entrar en él, que le auxilió con algunos centenares de pesetas.

Pero las compañías españolas, rutinarias y absurdas, no se prestaron á que Enrique hiciera sus ensayos, y éste provisto de planos y memorias, hubo de convencer á D. Homobono de que lo importante para realizar una fortuna y un progreso, era marchar á Paris con el invento.

Hechos los preparativos, y mediante la entrega de 1,500 pesetas, que Enrique recibió de su Mecenas, salió aquel para Paris, con solos 3,853 reales, porque el resto hubo de sacrificarlo al pago de ciertos *ingleses* que le amargaban su científica existencia, y á comprar algunas ropas para presentarse dignamente al cerebro europeo.

Apénas llegó Enrique á Paris (y he olvidado decir á Vds. que, aunque no muy correctamente, Enrique hablaba el francés), le faltó tiempo para alojarse en el hotel de Madame Lafolie, en la rue de Laffayette, y concurrir asiduamente al café de Madrid junto al pasaje Jouffroy.

Visitó los Inválidos, la tumba de Napoleón, la capilla expiatoria, fué al Bosque, á Valentino, á Folies Bergères, y en 15 días se hizo tan parisien, que tomaba ajeno por la tarde y decía á las obreras que encontraba al paso: *Et ta saur*, pero no había logrado ver al Director de los Ferro-carriles del Oeste, ni al del Norte, ni al de Paris á Orleans, ni al de Paris á Lyon-Mediterrané, ni á ninguno en fin; y eso que les había escrito á todos manifestándoles que él, Enrique de Iluso, ingeniero práctico español, había inventado un freno cuyos planos acompañaba, etc.

Pasaron quince días, y nada; nadie le contestaba, fué á la sociedad de Ingenieros Civiles de Francia, en la Cité Bergère, y no logró ver más que al portero. D. Homobono le apretaba con cartas esperando la realización del negocio, y los 3,853 reales se habían concluido.

El cerebro de Europa, sin dinero, es muy desagradable; las *visitas* se acaban en cuanto se concluyen los *franquitos*, y la *caisier* del hotel le había presentado ya dos cuentas, sin resultado y con extraordinaria seriedad.

Enrique principió á abandonar el proyecto para pensar en el estómago y en el retorno á la patria, á este Madrid típico donde las ilusiones se cambian por *beefsteaks* como en ninguna parte del mundo; y la Providencia se le apareció un día en el Boulevard de la Madeleine, en forma de un señor de Cuenca, antiguo amigo de su padre, de buena posición y carlista impenitente que vivía en Paris esperando que hubiera un movimiento que hiciese triunfar la tres veces santa causa de Dios, Patria y Rey.

Con algunos, pocos recursos, tan pocos, que tuvo que abandonar en el hotel el equipaje, volvió Enrique á Madrid, con la fe algo quebrantada; pero así que se volvió á ver en su casa de la calle del Olivo; en cuanto recapitó que la levedad francesa no es á propósito para la comprensión de los grandes problemas mecánicos, volvió á sus inventos, y hoy se ocupa tal y como lo he presentado á Vds. en los comienzos de este artículo, en resolver el problema de la navegación aérea que ha de cambiar las fases del comercio y de la guerra.

No hace todavía muchos días, lo encontré yo en el café de Madrid, haciendo números sobre un velador y me manifestó que tenía resuelta la dirección de los globos por la fórmula Pi R².

J. VALERO DE TORNOS

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Confírmase la noticia de haberse firmado la paz entre el Perú y Chile mediante la cesion hecha por la primera República á la segunda de las provincias de Tacna y Arica durante diez años, al cabo de los cuales se las consultará en forma de plebiscito para saber si quieren permanecer sometidas á Chile ó reunirse de nuevo al Perú.

Ambas provincias, juntamente con la de Tarata, constituyen el departamento marítimo de Tacna, teniendo la de este nombre unos 19,000 habitantes y la segunda poco más de 9,000. En ambas escasea mucho el agua, y la poca que hay tiene un gusto desagradable, por lo cual los extranjeros no pueden acostumbrarse á beberla. Por esta razon los productos del país no bastan para el consumo interior y hay que llevar de otros departamentos los principales artículos alimenticios.

A pesar de esto, las capitales de dichas provincias son de bastante importancia. Tacna tiene 10,800 habitantes, y es una ciudad de creciente desarrollo á causa del gran comercio que hace con Bolivia, estando unida con Arica por un ferrocarril de 14 leguas. Arica es uno de los grandes puertos del Perú y tiene un magnífico muelle; pero sólo cuenta 3,500 habitantes.

* *

COLONIAS INGLICAS.—Segun datos estadísticos recientes y oficiales, el área total de las colonias inglesas es de 7.917,000 millas cuadradas (cada milla tiene 1,609 metros), lo cual equivale á dos veces la superficie de Europa y á cinco la de las Islas Británicas.

En la América del Norte, las posesiones inglesas comprenden tres millones y medio de millas cuadradas.

La India sometida á su dominio tiene 900,000. El Cabo con sus dependencias, 222,000, es decir, doble superficie que la de todo el Reino Unido.

En todas estas posesiones habia diseminada en 1881 una poblacion de 218 millones de habitantes. La mayor parte de estos, ó sea 200 millones corresponden á la India; unos 5 millones á las colonias de la América del Norte, y especialmente al Canadá; á las colonias australianas 3 millones, y al Cabo y sus dependencias, uno.

El valor de las exportaciones de Inglaterra á estas colonias ascendió en 1881 á la suma de 79 millones de libras esterlinas y el de las importaciones á 91 y medio: es decir, unos cuatro mil millones de pesetas, importe de los productos cambiados entre la Gran Bretaña y sus posesiones.

* *

EL ISTMO DE CORINTO.—Los trabajos para la apertura de este istmo, que se inauguraron en 10 de abril del año último, adelantan rápidamente, aunque en la superficie del terreno apenas se nota ningun progreso sensible. Gracias á la actividad de todo el personal, y sobre todo de los ingenieros M.M. Gerter y E. Kanser y Barre, se está desplegando la mayor energía para llevar á cabo dicha obra.

En la parte superior del istmo se han abierto ya diez pozos de 4 á 5 metros de anchura, y cuya profundidad varia entre 30 y 40 metros, los cuales se enlazarán por su base con dos galerías subterráneas distantes 4",50 á uno y otro lado del eje del canal y puestos en comunicacion con cada pozo por dos galerías inclinadas. Estas galerías servirán para trasportar los escombros á los puntos de depósito escogidos en los valles secundarios.

Un ferrocarril admirablemente construido presta ya muy buenos servicios. Los terraplenes de esta vía se



UN VALENTON, dibujo por A. Fabris

han construido con los escombros sacados de las galerías. Con el material puesto á la disposicion de la Compañía se pueden extraer anualmente 1.250,000 metros cúbicos de tierra: merced á este sistema se podrá extraer hasta fines de 1884 toda cuanta quede sobre la altitud de 50 metros.

Los contratistas se han comprometido á entregar el canal listo para la navegacion en el plazo de cuatro años.

Ya se hallan dos nuevas ciudades en vías de formacion á uno y otro extremo del canal, Isthmia y Neroina, llamadas ambas á un porvenir, igual, si no superior, al de Port-Said y Suez.

* *

El número de extranjeros aumenta en Paris rápidamente. En 1876 sólo era de 119,347, y en 1881 llegaba á 164,038. Este aumento de 43,689 constituye cerca de la quinta parte del aumento total de la poblacion parisiense.

Los 164,038 extranjeros se dividian como sigue: 45,281 belgas, 31,190 alemanes, 21,577 italianos, 20,810 suizos, 10,789 ingleses, 9,250 holandeses, 5,927 americanos, 5,786 rusos, 4,982 austriacos y 3,618 españoles.

NOTICIAS VARIAS

El 1.º de junio próximo saldrá de Rochefort á bordo del *Talisman* la comision encargada de continuar la exploracion de las grandes profundidades del Atlántico, y dirigida por el célebre profesor A. Milne-Edwards.

El *Talisman*, buque mucho mayor y mejor acondicionado que el *Trabajador* á bordo del cual se han hecho los primeros trabajos, empezará por visitar las costas de Marruecos y las islas Canarias; explorará luego las islas desiertas de Branco y de Raza en las que existen grandes saurios que al parecer son exclusivos de ellas; y despues penetrará en el mar de Sargazo, y sondará las profundidades de esta parte del Atlántico, confiándose en hacer una gran cosecha de habitantes de la *pradera marina*. Despues de recorrer el archipiélago de los Azores, la expedicion volverá á Francia en setiembre.

* *

LA INDUSTRIA DEL CAUTCHUC.—En los periódicos americanos hallamos los interesantes detalles que siguen acerca de este precioso elemento de comercio.

La industria del cautchuc en los Estados Unidos no tiene rival en el extranjero. En la fabricacion de artículos de esta clase hay invertidos unos 70 millones de dollars: el calzado sólo absorbe 30.050,000. El número total de personas ocupadas en esta industria es de 15,000 y el de las fábricas de 120.

Segun los últimos datos oficiales, el valor anual de los productos de cautchuc asciende á 250 millones de dollars: cada año se importan en los Estados Unidos 30,000 toneladas de cautchuc en bruto. En las fábricas se le combina con otra porcion de sustancias, resultando un total de 300,000 toneladas.

El precio en el mercado del cautchuc en bruto apenas llegaba, hace cuatro años, á 9 reales libra, hoy se paga á 25, y á consecuencia de esta alza, se le procura sustituir con otras sustancias preparadas al efecto, entre otras la celuloide.

* *

M. Borrelly ha descubierto el 11 del actual en Marsella el 233.º de los pequeños planetas que circulan entre Marte y Júpiter.

IMP. DE MONTANER Y SIMON

Nueva publicacion: estamos preparando para publicarla en breve una edicion económica de la Sagrada Biblia y demás obras ilustradas por Gustavo Doré, cuya propiedad pertenece á esta casa editorial, lo que avisamos para conocimiento de los corresponsales que nos tienen hechos pedidos de estas obras.